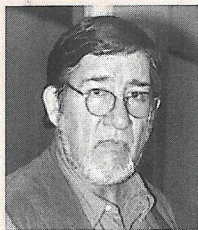


1998



La Memoria del Aire

POR WINSTON ORRILLO

PANTIGOSO Y LOS CLÁSICOS RENOVADOS

Sacerdote, suerte de taumaturgo de la poesía, Manuel Pantigoso todo lo que hace lo convierte en poema. Todo lo que hace, lo hace por el poema.

Ha sido docente de San Marcos, adonde, al retirarse (luego de brillante *performance* académica) obtuvo el Profesorado Emérito, suerte de *non plus ultra* que da la Cuatricentenaria a los maestros que han honrado sus Claustros, que por otro lado, entre otras universidades del mundo entero, lo vieran como aprovechado alumno.

El caso de Manuel Pantigoso es el de un maestro que enseña como una suerte de renovado Rey Midas: al convertir en poema todo lo que toca, eso—lo enseñado—cobra especial vida, y se transforma en producto, a su vez, igualmente creativo.

Cuando me refiero a la actividad de nuestro autor, me viene a la mente aquella celeberrima declaración de uno de mis más grandes maestros sanmarquinos, Raúl Porras Barrenechea, quien alguna vez escribiera: "No se puede enseñar sino aquello que se ama; o sea lo que guarda, para nosotros, algo de poesía y de misterio".

Manolo (así lo conocemos sus amigos y colegas) enseña poesía y enseña con poesía; y así puede entenderse su papel fundamental en el desarrollo de la **Educación por el Arte**, verdadero apostolado que él condujera entre nosotros por tantos años, y que es el venero, precisamente, para que el arte no sea sólo placer espurio de minorías, sino el camino que abra, en verdad, la renovación de la existencia, que tanto reclamamos.

En este derrotero (y no voy a referirme al *currículum vitae* del poeta porque no sólo no alcanzaría la columna, ni siquiera la página) Manuel se encuentra en el camino de apoyo al renacimiento que vive la Universidad Ricardo Palma, cuyo gonfalon lleva, desde el Rectorado, ese otro hombre nuestro (hombre de letras) el muy querido escritor y ensayista polifacé-

tico, Iván Rodríguez Chávez (perdón: me resisto a usar nuestros titulejos académicos). Pero desde este camino de difusión cultural, no ha cesado, un instante, en el terreno de la creación literaria, poética, en particular.

Tal el sentido de **Arte-misa**, su más reciente (presea) lírica, obra que, en principio, nos invita al placer de leer por el placer de ver un libro hermoso, bellamente impreso, con colores y texturas que convocan nuestro hedonismo literario, y donde hasta el tipo utilizado tiene sentido para la belleza de un conjunto sencillamente deslumbrante.

Libro que, en medio de la grisura del tiempo que nos consume, es un himno a la belleza, al placer de la lectura, al regocijo del arte (en el arte).

El tema es el mito clásico de Artemisa (la Diana cazadora de los romanos). Pero esto es sólo el punto de partida: la virgen contumaz, encarnación de un arte siempre perseguido, mas nunca del todo alcanzado (pero que, por eso, no va a dejar de buscarse).

El poeta como que se descubre al escribir: himno exacerbado a la vida, exorcismo contra la muerte, el arte no tiene edad.

Manuelito Pantigoso lo trae desde las remotas eras del clasicismo, para renovarlo en contacto con nuestro tiempo espurio. Ésa es la grandeza de su arte, la que lo descubre a él mismo, la que él va descubriendo conforme escribe este libro que, como todos los suyos, no sólo son una fiesta cuando uno arriba a su *substratum*, sino que, para comenzar, nos ofrecen una fiesta, una orgía sensual, hiperestésica, ante la belleza con la que logra (honra) sus ediciones.

No tenemos empacho en declararlo públicamente: lo envidiamos. A nosotros —pobres de nosotros— apenas nos queda fuerzas para acabar con los textos (o *abandonarlos*, como decía Paul Valéry); ya las cuestiones de la edición... ■